

HOMENAJE AL PRESIDENTE SALVADORALLENDE GOSSENS

Cámara de Diputados, 3 de septiembre de 2003

DISCURSO DEL HONORABLE DIPUTADO RODOLFO SEGUEL MOLINA

*EN LA CAMARA DE DIPUTADOS CON MOTIVO DE LA CONMEMORACIÓN DE LOS
TREINTA AÑOS DEL GOLPE DE ESTADO EN CHILE*

Señora Presidenta, en nombre de los diputados demócratacristianos, quisiera expresarle nuestro aprecio y reconocimiento por lo que usted representa como genuina heredera del nombre y del legado de su padre. Es imposible, en las actuales circunstancias, cuando evocamos los trágicos sucesos de septiembre de 1973, hablarle a la Presidenta de la Cámara de Diputados, sin hablarle al mismo tiempo a la semblanza de Salvador Allende. Esta presencia virtual del ex mandatario nos toca como lo que somos, como políticos, como servidores públicos, como constructores de esperanza. De ahí que la reflexión que quisiéramos exponer sobre la obra y el testimonio del Presidente Allende no podemos sino hacerla desde esta actitud de empatía que nos lleva a mirarlo más próximo, más tangible, más real y, por lo tanto, más cercano a nuestra propia experiencia política.

La vida de Salvador Allende está marcada por su condición de médico. Amó y vivió su profesión siendo estudiante, médico, parlamentario y Presidente de la República, donde siempre proyectó su vocación de servicio público.

Ingresa a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile en 1926, titulándose en 1932 con la tesis de grado "Higiene Mental y Delincuencia".

Fue presidente del Centro de Alumnos de la Facultad de Medicina y vicepresidente de la Federación de Estudiantes de Chile.

En 1935 dirige el Boletín Médico de Chile y crea la Revista Médica de Valparaíso.

Presidente del Colegio Médico en dos oportunidades y además miembro permanente del departamento de salud pública de esa orden gremial.

Ministro de Salubridad, Previsión y Asistencia Social de 1939 a 1942, bajo el gobierno de Pedro Aguirre Cerda.

Autor de múltiples trabajos y publicaciones sobre salubridad pública, donde destaca su libro "La Realidad Médico-Social Chilena, publicado en 1940.

Como parlamentario y médico se destacó por el desarrollo de múltiples intervenciones, mociones y proyectos de leyes sobre salud pública y medicina social:

a.- Ley de Medicina Preventiva, 1937

b.- Creación del Seguro de Accidentes de Trabajo, 1940

c.- Formación del Servicio Nacional de Salud (SNS), 1950, en cuya creación participó con otros médicos de destacada trayectoria pública y de distintas vertientes ideológicas como Eduardo Cruz-Coke, Sótero del Río y Ezequiel González Cortés.

d.- Creación del Estatuto Médico Funcionario, precursor de la actual ley 15.076.

e.- Creación de la Asistencia Pública de Santiago y muchas otras iniciativas en el orden médico-social, previsional y laboral de los chilenos.

¿Y cuál es nuestra experiencia política esencial? ¿Cuál es la enseñanza cotidiana del político? La de estar situados en un tiempo y en un espacio común. Hombres y mujeres ubicados en un punto de la historia. Hombres y mujeres que abrigan tradiciones, ideas y principios. Seres humanos que se proyectan al porvenir, que forjan sueños y que imaginan horizontes de futuro. Pero que siempre, siempre, deben actuar conforme a unas reglas y a unas circunstancias determinadas. Es por virtud de esta experiencia que podemos comprender, al igual que lo hace el historiador, el comportamiento de hombres mortales, no de héroes, no de seres míticos, sino de hombres concretos y, por ello, de hombres obligados a dar razones de sus actos.

Esta visión serena y desprejuiciada -diría, intensamente humanizada de la política-, es lo que nos permite examinar el pasado de Chile como parte de nuestro propio pasado. La explicación es sencilla: la historia no comienza cuando nacemos, sino que nacemos a ella. Somos capturados por su torrente, hasta que adquirimos la madurez suficiente para encauzarla. Es precisamente, por eso, que no nos está permitido eludir responsabilidades con la excusa de no haber sido contemporáneos de ciertos sucesos. En algún momento tendremos que dar razones de nuestros actos, y de sus circunstancias, y con la historia de cuerpo presente en el tribunal.

Cuando se funda la Falange Nacional en 1935, ya era nuestra la gesta de la Independencia, la Guerra del Pacífico, la Guerra Civil del 91. Nuestros eran también O´Higgins, Carrera, Manuel Rodríguez, Portales, Prat y Balmaceda. Cuando en 1957 se funda la Democracia Cristiana, el nuevo partido ya portaba en su memoria el testimonio de Arturo Alessandri, de Luis Emilio Recabarren, del Padre Hurtado, de Pedro Aguirre Cerda. Y cada día que pasa, es más fuerte en nuestra identidad colectiva la presencia del cardenal Silva Henríquez, de Gabriela, de Pablo, de Arrau, de Violeta Parra y de Matta. Todo lo bueno y todo lo malo. Todos los aciertos y todos los errores de nuestra naturaleza, están ahí, inscritos en la fisonomía histórica de Chile, de la cual, hoy por hoy, seguimos siendo tributarios. Y no nos divide ese pasado. Podemos examinarlo sin inhibiciones, sin temores, y con un alto sentido de responsabilidad pública. No nos confronta ese pasado, porque otras acciones y otras generaciones corrigieron sus fallas y reafirmaron sus virtudes. Gracias a ello Chile puede pensar y creer en su mañana. Gracias a ello Chile puede pensar y creer en su proyección de un modo sabio: encarnando la ley de la vida y de los pueblos que consiste en perseverar, en insistir sobre las especies hasta alcanzar la perfección.

Así también miramos nuestro pasado reciente, y lo hacemos sin temor a que nos divida. Podrá parecer un contrasentido, pero acaso sea la conciencia sobre ese pasado común uno de los grandes soportes de la unidad actual de la Concertación. Nosotros fuimos opositores al gobierno del Presidente Allende. Teníamos entonces una visión distinta de los cambios que el país demandaba. Una visión plasmada en lo que fue el gobierno del Presidente Eduardo Frei Montalva, y luego, en el programa presidencial de Radomiro

Tomic. Pero nuestra oposición al gobierno del Presidente Allende fue siempre planteada para preservar la continuidad del proceso de cambios que tuvo el honor de iniciar en nuestro país el gobierno de la Democracia Cristiana y, al mismo tiempo, para impedir desviaciones antidemocráticas.

Teníamos una visión distinta, pero también importantes coincidencias programáticas y políticas. Por eso, la totalidad de los parlamentarios de la Democracia Cristiana concurrió disciplinadamente con su voto para elegir al senador Allende Presidente de Chile. El partido no respaldó entonces a don Jorge Alessandri, el candidato de la derecha, y ello no fue óbice para entendimientos puntuales con este sector. Impulsamos una oposición honesta y responsable. En todo caso dialogante y propositiva, y siempre dentro de los cauces institucionales de nuestra democracia representativa. Nunca aspiramos a obtener una mayoría constitucional para destituir al Presidente. Y cuando nuestros parlamentarios aprobaron la declaración de la Cámara de Diputados del 22 de agosto de 1973, tampoco votaron para prestar legitimidad a un Golpe de Estado. ¡Jamás tuvimos otra actitud parlamentaria o particular que no fuera la oposición dentro del cauce democrático destinado a conseguir la rectificación de errores! Por eso, propusimos la reforma constitucional sobre las tres áreas de la economía, y estuvimos disponibles para que la voluntad popular se expresara a través de un plebiscito.

Distantes ya de aquellos acontecimientos, podríamos hacernos la pregunta que ha rondado durante estas tres décadas. Preguntarnos qué habría sucedido si tal o cual persona o partido hubiera actuado de una manera distinta a como lo hizo. ¿Qué habría ocurrido si el Presidente Allende hubiera llamado a plebiscito? ¿Qué habría acontecido si la Democracia Cristiana hubiera ingresado al gobierno de la Unidad Popular? Podríamos preguntarnos esto en teoría, pero sólo en teoría, y sólo para iluminar nuestro discernimiento sobre lo acaecido. Porque en realidad los hechos y los actos humanos son como son, y no como desearíamos que hubieran sido treinta, o sesenta, o cien años después de ocurridos.

Sabemos que en la práctica efectiva, y no en la especulación teórica, el Presidente Allende personificaba la máxima autoridad del Estado democrático y republicano. En la práctica y no en la teoría, el Presidente Allende era el presidente constitucional de Chile. En la práctica y no en la teoría, el Presidente Allende cargaba sobre sus hombros con las esperanzas de millones de pobres. En la práctica y no en la teoría, el Presidente Allende fue, y ahora decimos que es definitivamente, el máximo exponente de la izquierda chilena del siglo XX.

Luego, si todo esto es real, si nada de esto es mera especulación, entonces lo que ocurrió el 11 de septiembre no pudo ser sino un golpe contra el Estado democrático y republicano. Un golpe contra la Constitución Política de Chile. Un golpe a esos cientos de miles de hombres, mujeres y niños más modestos de nuestra patria. Un golpe a la izquierda. Y un golpe de incalculables efectos contra la Democracia Cristiana. Fue, en consecuencia, un acto de fuerza que dañó profundamente el alma nacional.

La insurrección militar remeció a nuestro partido. En su seno surgieron dos percepciones opuestas acerca de las verdaderas motivaciones, propósitos y consecuencias del golpe. Dos concepciones amparadas en convicciones difíciles de valorar hoy en su justa medida. Dos nociones que, sin embargo, se fueron reconociendo en el dolor de sus detenidos, torturados, exiliados, relegados, y muertos en circunstancias que aún se investigan, como son el fatal destino del Presidente Frei y del dirigente juvenil Mario Martínez. De mi

amigo y compañero de duras jornadas, Manuel Bustos. De Bernardo Leighton, de Jaime Castillo Velasco, de Renán Fuentealba, de Tomás Reyes, de Andrés Aylwin, de Andrés Zaldívar, o de Claudio Huepe. Dos representaciones fundidas sin embargo en un solo compromiso por obra de la generosidad, la indulgencia y el afecto recíprocos. Fue una reconciliación de los espíritus a la que contribuyó crucialmente la sólida formación política, moral e intelectual de los fundadores del partido. Hoy sólo se puede descubrir la honestidad de estos firmes lazos, mirando a Leighton a través de la lucidez de Frei, o a Frei a través de la sincera calidez de Leighton. Lo mismo se revelaría en Aylwin visto desde los corazones de Radomiro Tomic y de Renán Fuentealba. Su nobleza se hará evidente para todos cuando escriba que la declaración del 13 de septiembre interpreta con fidelidad la posición de la Democracia Cristiana frente al golpe.

La declaración del 13 de septiembre de 1973 pone de relieve que el deber de mantener una democracia no puede ser eludido por nadie, y expresa la convicción profunda de que, dentro de los cauces democráticos, se habría podido evitar en Chile la implantación de un régimen totalitario, sin necesidad de pagar el costo de vidas y los excesos inevitables en las soluciones de fuerza. Y agrega que la suprema responsabilidad en esta hora, la que debe ser asumida por encima de toda otra consideración, reside en proseguir la lucha por los principios de la Democracia Cristiana y por la restauración de la democracia chilena.

La unidad de la Democracia Cristiana será determinante para avanzar en la unidad de todos los chilenos en torno a la defensa de los derechos humanos, la recuperación de la democracia, y la conquista de la paz y la libertad. La unidad de la Democracia Cristiana será esencial para consolidar los vínculos con la izquierda. Estos primeros nexos emergen en el exilio, en Venezuela, Italia, España, Francia, Alemania, y serán observados por los aparatos de inteligencia del régimen, con consecuencias dramáticas para algunos de sus gestores. Las calles de Roma serán testigo del atentado contra Bernardo Leighton y Anita Fresno, su esposa. Las de Washington, del despiadado asesinato del ex canciller Orlando Letelier -a cuyo hijo Juan Pablo, acogemos con sincero afecto y respeto- y de su secretaria Ronnie Moffit.

Venciendo el miedo y las recriminaciones recíprocas, los hombres y mujeres más claros fueron abriendo caminos de unidad. No existía entonces una interpretación común acerca de las motivaciones reales de la izquierda, ni de las verdaderas intenciones de los sectores que buscaron el golpe desde mucho antes de la asunción de Allende. Dos escritos claves y contemporáneos de aquella época, y que dan cuenta de las aprehensiones latentes en el ambiente, son el libro de Genaro Arriagada, prologado por Eduardo Frei, De la vía chilena a la vía insurreccional, y Vida y muerte del Chile Popular, un diario del sociólogo francés Alain Touraine. Ambos revelan los grandes abismos que habrían de ser cerrados.

Paso a paso, sin embargo, se irá trazando el camino de la cooperación política y del fortalecimiento de la organización social. En 1978, con ocasión de la consulta nacional, Eduardo Frei Montalva elevará la voz de protesta de la oposición al régimen. En 1980 miles de personas de las más diversas corrientes políticas e ideológicas lo escucharán condenar el plebiscito convocado para reformar la Constitución.

Paso a paso se perfila el liderazgo, el proyecto y la organización. Así surgirán -en el mundo laboral- el Grupo de los Diez y la Coordinadora Nacional Sindical, la Vicaría de la Solidaridad, la Comisión Chilena de Derechos Humanos, la Comisión de Derechos Juveniles, el Grupo de Estudios Constitucionales, las organizaciones estudiantiles y

populares. Más tarde, el Proyecto Alternativo, el Proyecto Democrático Nacional, el Comando Nacional de Trabajadores, la Asamblea de la Civilidad, Mujeres por la Vida, el Acuerdo Nacional, el Comité por las Elecciones Libres y la Concertación de Partidos por la Democracia. Día a día, en la experiencia cotidiana, en la lucha sostenida y solidaria, se irá superando el balance de culpas y se irán reconstruyendo confianzas. Poco a poco, nuevos y antiguos militantes engrosarán las filas de los partidos. Brota así un semillero de dirigentes políticos y sociales empapados en el espíritu de la colaboración y de la lucha codo a codo contra la dictadura.

Una experiencia de sacrificio y magnanimidad que ensambla firmemente a la Concertación hasta nuestros días. Y esto dará vida a una nueva concepción de la política. La política de los medios y fines ajustados a valores. La política de los medios pacíficos para alcanzar los fines de la paz, del diálogo, de la justicia y de la libertad.

El pasado nos une; no nos separa. El pasado nos une, porque hombres y mujeres atentos a las necesidades y a la sensibilidad de su pueblo, fueron capaces de corregir fallas y reafirmar virtudes de nuestra trayectoria histórica. Y el pueblo, dotado de aquella sensatez básica de que nos hablaba Juan Pablo Terra, el gran maestro de la Democracia Cristiana uruguaya; "el pueblo, dueño de un sentido puro de la verdad y la bondad de las acciones humanas, y de las circunstancias que las rodean"; así lo entendió. Y con este discernimiento, se pronunció en consecuencia en las urnas el 5 de octubre de 1988. Y así también lo hizo, al respaldar a Patricio Aylwin, a Eduardo Frei Ruiz-Tagle y a Ricardo Lagos.

El país no ignoraba la presencia de Allende en la izquierda concertacionista. Más aún, era consciente de que la proyección de la izquierda chilena pasaba por recoger y dignificar la herencia de Salvador Allende. El país no ignoraba la trayectoria de la Democracia Cristiana ni el liderazgo indiscutido de Eduardo Frei Montalva, de cuyo gobierno la izquierda había sido firme opositora. Hoy puede contemplar sin desconcierto a su paso por la Plaza de la Constitución, las figuras de Allende y de Frei, a metros de las de Jorge Alessandri y Diego Portales. El país sabía que estaba siendo protagonista de una experiencia republicana única en su género.

¿Cuál es la singularidad de esta experiencia? ¿Cuál es la originalidad de esta voluntad colectiva encarnada en la Concertación?

Primero, la adhesión al principio universal de los derechos humanos como imperativo irrenunciable de toda política, ya que es incompatible la libertad, la Democracia y la Justicia con la violación de los Derechos Esenciales de las Personas. Segundo, el compromiso con los valores y con las instituciones de la democracia representativa. Tercero, la búsqueda de la solidaridad, de la justicia y de la integración social como requisitos de un desarrollo genuinamente humano.

Pero si ésta es la originalidad de la Concertación, ésta es también su misión. La gran tarea que el país nos ha confiado y que hemos venido asumiendo durante tres gobiernos sucesivos. Origen y misión están indisolublemente unidos al destino de Chile, que es el destino de las naciones civilizadas. El destino de los pueblos amantes de la justicia y de la paz, y por eso, reconciliados consigo mismos. El destino de las democracias avanzadas respetuosas de sus instituciones legítimas y de su soberanía popular. El destino de los pueblos que han conquistado estándares de vida dignos para todos sus habitantes. Origen y misión están profundamente impregnados del humanismo cristiano y social

demócrata. Origen y misión de la Concertación son tributarios de los mejores bienes aportados por la cultura política nacional, popular y progresista de nuestro país.

Nuestro deber es mantenernos fieles a este sustrato espiritual de la Concertación. Esta fidelidad entraña abrir cauces para la verdad, la justicia y el perdón que demandan las víctimas de violaciones a los derechos humanos. Desplegar nuestras máximas energías para instaurar una democracia realmente representativa y una Constitución Política reconocida por todos los chilenos. Lograr una más equitativa distribución del ingreso, a fin de asegurar una mejor y más universal protección social, principalmente en los servicios de salud, vivienda, educación y seguridad ciudadana. Fortalecer la participación de las personas y de las comunidades en las decisiones públicas. Y, por último, vigorizar la presencia de Chile en el mundo, y especialmente en la Europa de las libertades.

Esta fidelidad con el origen y la misión de la Concertación exige moderar los tonos y mirar con fe hacia el porvenir. El país espera una coalición unida y de cara al mañana. Una coalición que represente sus proyectos personales y colectivos. Un conglomerado que se haga cargo de sus expectativas de futuro. Que le ofrezca una nueva frontera, un nuevo liderazgo y una renovada fuerza política y social. El país espera de la Concertación una experiencia de colaboración, de altruismo y generosidad, que lo eleve sobre la pequeñez, la mirada corta y las costras del pasado que le ofrecen nuestros adversarios. Es nuestro deber responder a esa aspiración y hacerlo desde lo que somos, desde nuestra identidad concertacionista.

Señora Presidenta, termino estas palabras rindiendo un homenaje a todos aquellos pueblos que nos brindaron su amparo en los tiempos más amargos y vergonzantes de nuestra historia. Ellos nos abrieron sus puertas, nos apoyaron, y nos entregaron su experiencia. De ellos aprendimos a valorar la democracia, la paz y el respeto por las personas y comunidades. Algunos nos revelaron los horribles sufrimientos de las dos guerras mundiales. Otros nos mostraron las formas más elevadas de su cultura. Todos ellos aportaron a la recuperación de nuestras tradiciones. Son parte de nuestro pasado y de nuestra memoria, y estamos ciertos que Chile vive en sus corazones.

Señora Presidenta, y antes de terminar, sólo quiero recordar una canción que cantábamos en la década de los 80 "en la calle codo a codo somos mucho más que dos".

He dicho. Muchas gracias.